

(Recibido: 15-11-05 / Aceptado: 02-02-06)

- Alejandra Martínez y Aldo Merlino
Córdoba (Argentina)

Discurso y socialización en producciones cinematográficas infantiles

Discourse and socialization in children's cinematographic productions

Entendiendo que los productos culturales dirigidos a los niños son transmisores de representaciones sociales y reproducen esquemas específicos de actitudes y comportamientos, este artículo aborda la temática de la construcción de los géneros a partir de mensajes específicos en producciones cinematográficas infantiles. Se analiza aquí, en torno al tema planteado, el film animado de 1991 de la compañía Disney «La bella y la bestia».

Understanding that cultural products for children transmit social representations and reproduce specific outlines of attitudes and behaviours, this paper focuses on the gender construction based on specific messages in children's films. We analyze here, the 1991 Disney's Company cartoon film «The Beauty and the best».

DESCRIPTORES/KEY WORDS

Discurso, socialización, medios, cine, infantil, género.
Discourse, socialization, media, film, children, gender.

Mucho se ha debatido ya, y desde diferentes posturas teóricas e ideológicas, acerca de la influencia de los medios de comunicación sobre sus receptores. Sin embargo, nuestro análisis no se centra en el debate general acerca de los efectos de los medios. Convenimos con Charaudeau (1994: 15) en que los medios «imponen lo que construyen del espacio público». Esto es: muestran una realidad que –parcial o no– propone modelos, patrones de conducta y de actitud que, operando por repetición y en un contexto legitimado, pueden irse incorporando tempranamente en los esquemas cognitivos y emocionales de los receptores.

Y es que desde sus primeros años, los niños y niñas están expuestos constantemente a una gran can-

◆ Alejandra Martínez y Aldo Merlino son profesores de la Cátedra de Sociología de los Medios de Comunicación de la Universidad Siglo XXI de Córdoba (Argentina)
(martinezalej@hotmail.com) (amerlino@custometric.com.ar).

tividad de material cultural y mediático que transmite representaciones sociales tendentes a reforzar esquemas de comportamiento socialmente aceptados. En lo que respecta a la construcción de las identidades de género, es posible hallar en buena parte de los mensajes transmitidos por los medios, elementos que contribuyen a la reproducción de esquemas de pensamiento y comportamiento que se definen como legítimos y que son diferenciados para mujeres y varones.

El presente escrito tiene como finalidad llevar a cabo una lectura del film infantil animado «La bella y la bestia» producido por la compañía Disney. Nuestro objetivo es analizar el modo en que aparecen representadas las normas de género, tanto femeninas como masculinas, por lo que el acento en el análisis fue puesto fundamentalmente en lo relativo a las características, prácticas y roles de los personajes, varones y mujeres, con el fin de identificar y analizar elementos simbólicos que apunten a la definición de las normativas que rigen las prácticas según el género.

Para llevar adelante este trabajo, hemos tomado referentes teóricos del área de la comunicación, el análisis del discurso y la sociología. En cuanto al tratamiento de la figura del personaje y como herramienta específica de análisis del discurso se utilizaron algunos de los desarrollos del semiólogo P. Hamon (1977).

Específicamente, en relación con la construcción simbólica de los géneros, entendemos aquí importante analizar nociones sobre el modo en que los discursos reproducen todo un conjunto de normas y diferencias que tienden a reforzar representaciones y modelos socioculturales vigentes. Modelos y representaciones que se encuentran incorporados a los agentes sociales, varones y mujeres, como estructuras internas muy específicas que se reproducen a través de aprendizajes relacionados con experiencias vinculadas a espacios sociales diferenciados.

1. Desarrollo

En su trabajo analítico sobre historietas infantiles, Ariel Dorfman y Armand Mattelart (2002: 37) sostienen que los niños han sido gestados por una literatura infantil y por las representaciones colectivas que la producen. En estas historias, se promueven situaciones de dominación donde se manifiestan diferencias de género y, además, raciales y económicas. Y es a partir de estas distinciones que los niños se encuentran en la situación de reproducir los esquemas que reciben, con la finalidad de ser integrados socialmente. En relación con las representaciones sobre el género, los autores expresan que, pese a las protestas de los defensores de Disney, hay un modelo implícito de ense-

ñanza sexual (...) la historieta ha trabajado sobre el «fondo natural» de la mujer, su «ser esencial», aprovechando sólo aquéllos rasgos que acentúan epidérmicamente su condición de objeto sexual inútil. Tanto como la producción gráfica, un constante presentador de los roles femeninos y masculinos a través de los años ha sido el discurso cinematográfico. Como lenguaje internacional en sí mismo, refleja una mirada particular del varón y de la mujer, en actitudes, comportamientos, personalidades y valores que distinguen un sexo del otro.

Entendemos que el cine ha constituido un medio poderoso de movilización y formación de representaciones sociales a lo largo su existencia. En este sentido, concebimos al discurso cinematográfico como una práctica social que nos remite a un entramado complejo de relaciones sociales, históricas y económicas que elaboran, acreditan y regulan; en tanto que discurso –aparato ideológico– no puede ser considerado un instrumento pasivo de mera reproducción y entretenimiento.

Al analizar el lugar otorgado a la mujer en el discurso fílmico, Dalmaso (2000) pone en relieve que este tipo de discurso no sólo guarda relación con la realidad socio-histórica, por encontrarse condicionado por la misma, sino también como mecanismo de poder que tiene la capacidad de condicionarla a su vez. Esta construcción de lo real –proceso desarrollado por el conjunto de la discursividad social–, al incluir toda clase de prácticas significantes, suministra una visión del mundo particular.

Giroux (1999) critica las producciones cinematográficas de Walt Disney, entendiendo que se trata de productos generadores de identidades y potentes socializadores. Éstos se constituyen como productos desarrollados para el entretenimiento, pero cuyos mensajes se manifiestan como imposiciones en las que es posible distinguir elementos que permiten al espectador definirse como hombre, mujer, blanco, negro, norteamericano o foráneo. De esta manera, según el autor, la cultura mediática define la infancia e impone pautas legítimas de comportamiento e identificación.

La identidad femenina en las películas de Disney, según el estudio sobre un conjunto de producciones de Byrne y McMillan (1999), se ve simplificada y estereotipada mostrando a una mujer de imagen doméstica y bondadosa –como es el caso de la heroína de la película aquí analizada– o bien en su papel de malvada. Estos personajes se ven contrastados permanentemente en los films, con la imagen exitosa del varón que actúa como héroe. Entendemos que es importante detenerse en el análisis de las producciones cinemato-

gráficas infantiles ya que son un elemento de consumo constante para los niños en sus primeros años de vida. Los niños, varones y mujeres, son receptores de mensajes que incluyen un conjunto de representaciones sociales de diversa índole que influyen fuertemente en la constitución de sus *habitus*¹.

Cada generación nueva, según Rubin (1998), se ve en la obligación de aprender y alcanzar su destino sexual. De esta manera, cada persona tiene que ser codificada dentro del sistema de status apropiado.

Este conocimiento define y construye los roles que han de desempeñarse en diversos contextos así como marca la caracterización de uno y otro género imponiendo pautas consideradas socialmente aceptables. Este aprendizaje lleva a los agentes a seleccionar un determinado conjunto de recursos de acuerdo al género al que pertenezcan. Este proceso se produce en función de que un conjunto de normas institucionales enmarcan formaciones discursivas y géneros determinados.

Las normas que se ocupan de puntualizar las diferencias entre géneros, según la investigadora Tomassini (2004), son construcciones socioculturales constitutivas de las relaciones sociales. Éstas se elaboran en función a las diferencias que pueden percibirse entre uno y otro sexo, jerarquizándolos en base a estas distinciones y se ocupan de marcar aquellos comportamientos que se consideran adecuados de acuerdo a la categoría sexual de cada persona, como un conjunto de mandatos y prescripciones que delimitan comportamientos tanto para varones como para mujeres.

Estas normas y asimetrías son internalizadas, según Mayobre (2004), en el proceso de adquisición de la identidad de género, proceso que comienza en el nacimiento y a partir de una socialización diferencial, a través de la que se logra que los agentes sociales desde sus primeros días de vida adapten un comportamiento e identidad conforme a los modelos y a un conjunto de expectativas creadas por la sociedad para uno y otro sexo.

A pesar de que de acuerdo a las diferentes culturas se establecen estas normas, existe un denominador común, según esta autora, que es la división sexual del trabajo. Aún en las sociedades más igualitarias, el papel del género femenino está vinculado al área de la reproducción, no meramente en términos biológicos,

sino que es la mujer quien usualmente se ocupa del cuidado de personas convalecientes, protección de la unidad familiar, socialización de la infancia, entre otras. A su vez, explica Mayobre, el varón desarrolla una identidad relacionada con el control de la naturaleza, la guerra, la ocupación de ámbitos públicos o el manejo de la técnica.

Las normas de género se encuentran representadas y son reproducidas constantemente por el discurso mediático. Es posible, en las producciones destinadas a los niños, identificar el modo en que se muestran comportamientos, valores y prácticas que se consideran socialmente vigentes tanto para mujeres como para varones.

En la película objeto de nuestro análisis, «La Bella y la bestia», el modo en que está dividido el trabajo sexual comienza señalando cuáles son los lugares legítimos para cada uno de los géneros. De acuerdo al modo en que están distribuidos los roles dentro de la película, queda claro que los oficios están destinados a los varones así como las tareas que implican destrezas físicas e intelectuales. Éstos se dedican a desarrollar

El acento en el análisis fue puesto fundamentalmente en lo relativo a las características, prácticas y roles de los personajes, varones y mujeres, con el fin de identificar y analizar elementos simbólicos que apunten a la definición de las normativas que rigen las prácticas según el género.

actividades que requieren algún tipo de competencia específica, muchos de ellos relacionados con prácticas de relativa sofisticación: el bibliotecario, el director del asilo psiquiátrico, el cura, los músicos, el panadero, los vendedores y el encargado de la taberna. Maurice, el padre de la protagonista, personifica a su vez un científico, un inventor.

Para las mujeres, en cambio, las actividades que aparecen como «normales» (entrecorrido nuestro) son las relacionadas con el hogar y los hijos, o bien con cuestiones ligadas a cierta banalidad, tales como la moda y la compra de indumentaria. En general, aparecen como seductoras y los hombres como sus admiradores y seguidores. Las casadas, sin embargo, aparecen apabulladas y cargadas de hijos o en un rol censor hacia sus maridos. Se ocupan de las tareas domésticas como limpiar, lavar, buscar agua, ocuparse de los niños

y hacer compras (por coquetería o para la casa). A la protagonista del film se la considera, en el pueblo en donde vive, como «diferente», «peculiar». Su interés por los libros y sus deseos de tener aventuras en lugar de casarse con Gastón (el soltero más codiciado del pueblo) y formar una familia, genera cierta conmoción entre los habitantes del lugar en donde transcurre el relato. Para las mujeres jóvenes del pueblo, resulta inconcebible que no acepte a Gastón para casarse y tener hijos. Pero a pesar de las diferencias que el personaje de Bella parece mostrar en relación a los demás personajes femeninos, en el ámbito hogareño, desarrolla tareas típicamente asignadas a las mujeres tales como alimentar a los animales, cuidar de su padre enfermo y –ya en el castillo de Bestia– curarle sus heridas.

Estas actividades marcan fuertemente los espacios por donde habrán de circular los actores del relato. A las mujeres les está reservado el espacio de la casa y,

cazador: es «apuesto», «alto», «musculoso», «fuerte», «valiente» y «exitoso en cualquier cacería». Está tipificado como un sujeto de marcada masculinidad: «barbilla partida», un «cuerpo cubierto de vellos», el que «escupe más lejos», al que «ninguna presa o doncella podría escapársele» y es admirado e imitado por todos los jóvenes varones del pueblo. Para éstos, él es una inspiración, un campeón.

En la vida del castillo habitan los sirvientes del protagonista, algunos femeninos y otros masculinos. Éstos, aparecen figurativizados como cosas debido al hechizo que pesa tanto sobre la bestia como sobre ellos mismos. Los personajes femeninos son la tetera, el plomero y los elementos de cocina en tanto que los de sexo masculino son un reloj –el amo de llaves–, un candelabro –el mayordomo–, un perchero –que desarrolla múltiples tareas como violinista, peluquero y valet de la bestia–, una cocina –el chef– y un grupo de armaduras/guerreros.

Es posible ver que en el castillo se reproduce el modo en que se divide el trabajo en el pueblo, las mujeres se ocupan de labores de limpieza, en tanto que los varones tienen asignadas labores más sofisticadas que implican ciertas competencias.

En la vida social, para los receptores de estos mensajes, la caracterización de uno y otro sexo se constituye como un proceso normativo que

En la vida social, para los receptores de estos mensajes, la caracterización de uno y otro sexo se constituye como un proceso normativo que actúa definiendo límites y marcos de pensamiento y acción de acuerdo a un mandato social vigente, mandato que encuentra su espacio de difusión en productos culturales tales como los films de animación...

eventualmente, las calles del pueblo. Los varones dominan las calles, las tiendas y los caminos que llevan hacia otras poblaciones.

Las mujeres aparecen como quienes esperan que sean los varones quienes cambien alguna situación que las oprime. Es el caso de la protagonista del relato quien, al no sentirse integrada al pueblo en donde vive, espera que sea su padre quien haga algo (que triunfe como inventor) para que su vida cambie. Finalmente, esto sucederá de la mano de otro varón que es la bestia, y no por la propia determinación y esfuerzo de la interesada.

También puede observarse el caso de las mujeres del pueblo, quienes desde las ventanas de sus casas despiden a los varones –padres, maridos e hijos– quienes deciden matar a la bestia por el peligro que creen ésta representa.

El antihéroe del relato, Gastón, está encarnado por un personaje de rasgos muy varoniles y cumple el rol de

actúa definiendo límites y marcos de pensamiento y acción de acuerdo a un mandato social vigente. Mandato que encuentra su espacio de difusión en productos culturales tales como los films de animación, que se presentan en apariencia constituidos por contenidos vacíos y de entretenimiento inocente. El sistema de sexo/género es definido por Rubin (1998) como una parte de la vida social en donde se marcan las diferencias entre los sexos; un conjunto de disposiciones generadas culturalmente, en donde lo biológico es transformado en práctica con el fin de satisfacer un determinado número de necesidades de la vida social. Esta autora sostiene que una forma empírica y observable de este concepto sexo/género son las relaciones de parentesco como un sistema de categorías y posiciones, una imposición de la organización cultural sobre la reproducción biológica, que implica la importancia de la pertenencia a uno y otro género en la sociedad.

La autora recupera esta noción de relaciones de parentesco remitiéndose a la concepción de Levi Strauss, quien describe la esencia del sistema de parentesco como el intercambio de mujeres entre hombres, es decir, como una imposición de fines sociales sobre el mundo natural. Desde esta perspectiva, la subordinación del género femenino puede entenderse como producto de las relaciones sociales (institucionales) productoras y organizadoras de sexo y género.

En relación con los sistemas de parentesco, Bourdieu y Waquand (1995) sostienen que la dominación masculina «se basa en la lógica de la economía de los intercambios simbólicos». Esta lógica permite la reproducción de una situación de dominación y asimetría, a partir de la construcción social del parentesco y el matrimonio. Las mujeres, consideradas objetos de intercambio e investidas de una función simbólica, trabajan para conservar y acrecentar su valor desplegando todo un conjunto de acciones y cuidados en relación con la forma en que se espera luzcan y se comporten.

En «La bella y la bestia», este concepto de «mujer objeto de intercambio» (entrecamillado nuestro) aparece muy claramente ya que tanto para Gastón como para la bestia, la bella resulta una suerte de sujeto/objeto a conquistar para alcanzar diferentes objetivos. Para la bestia (y todos los habitantes del castillo) representa el medio para romper el hechizo y recuperar su normalidad. Para Gastón, simplemente un trofeo más a ganar por ser la mujer más hermosa del pueblo. Se constituye, para él, como un bien simbólico al que espera acceder para reafirmar su posición entre los varones de la región.

Las normas del género, según las investigadoras Conway, Bourque y Scout (1998), no siempre están explícitamente expresadas sino que a menudo son transmitidas de manera implícita a través de los usos del lenguaje y otros símbolos. De estos esquemas, resulta que uno y otro género desarrollen modos de percibir y producir y reproducir valoraciones éticas, cognitivas y estéticas características de su espacio social de influencia.

Los esquemas del inconsciente sexual, como lo denomina Bourdieu (2000), son estructuras internas muy específicas, que son construidas a través de la historia en un espacio social muy diferenciado y que se reproducen a través de aprendizajes relacionados con determinadas experiencias conectadas con estos espacios sociales. En esta película los rasgos masculinos y femeninos se encuentran muy delimitados entre los personajes y no se deja lugar a heterogeneidades dentro de las características de cada género.

2. A modo de reflexión final

Si bien las producciones cinematográficas, en general, admiten múltiples abordajes e interpretaciones, podemos encontrar en el film «La bella y la bestia» de Disney, algunos elementos interesantes para destacar, en lo que refiere a la normativa que rige simbólicamente las prácticas por género.

Más allá de la necesaria ambientación de la película en una época que no es la actual, creemos que las prácticas y normativas bajo las que operan los personajes quedan legitimadas al permitirles a éstos llegar a la consecución de sus objetos de valor. Se es feliz en tanto se puede lograr la adecuación a los esquemas propuestos. Y dichos esquemas quedan bien definidos tanto para el varón como para la mujer.

Sin embargo, no es la definición de esferas diferentes de comportamientos y actitudes –para varón y mujer– lo que llama la atención, sino la cualidad de dichas diferencias. Y es que la lógica de la actividad/pasividad sigue en juego. La mujer se ubica en el polo pasivo y el hombre en el activo. Lo poderoso de la transmisión de estos esquemas no radica, justamente, en su linealidad sino en su figurativización la cual favorece un procesamiento cognitivo y emocional de la información, aportando elementos a un proceso de socialización que opera sobre el género y que encuentra eco en muchos otros productos culturales.

Notas

¹ Pierre Bourdieu define el concepto de habitus como aquello que permite establecer una conexión entre lo individual y lo social, las estructuras internas de la subjetividad y las estructuras sociales externas que se constituyen como predisposiciones a percibir, sentir y actuar de una determinada manera. Cfr. BOURDIEU, P. y WAQUANT, L. (1995): *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. México, Grijalbo.

Referencias

- BOURDIEU, P. (2000): *La dominación masculina*. Barcelona, Anagrama.
- BOURDIEU, P. y WAQUANT, L. (1995): *Respuestas: por una antropología reflexiva*. México, Grijalbo.
- BYRNE, E. y MCQUILLAN, M. (1999): *Deconstructing Disney*. London, Pluto Press.
- CONWAY, J.; BOURQUE, S. y SCOTT, J. (1998): «El concepto de género», en NAVARRO, M. y STIMPSON, C. (Comps.): (1998): *¿Qué son los estudios de mujeres?* Buenos Aires, FCE.
- CHARAUDEAU, P. (2003): *El discurso de la información*. Barcelona, Gedisa.
- DALMASSO, M.T. (2000): *Figuras de mujeres, género y discurso social*. Córdoba, CEA.
- DORFMAN A. y MATTELART, A. (2002): *Para leer al Pato Donald*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- GIROUX, H.A. (1999): *The mouse that Roared: Disney and the end of innocence*. New York, Rowman and Littlefield Publishers.
- HAMON, P. (1977): «Para un estatuto semiológico del personaje».

en BARTHES, R. y OTROS: *Poétique du récit*. Paris, Seuil.
 MAYOBRE, P. (2004): «La construcción de la identidad personal en una cultura de género», en www.creatividadfeminista.org/articulos/2004/sex04_purificacion.htm.
 RUBIN, G. (1998): «El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo» en NAVARRO M. y STIMPSON, C. (Comps.)

(1998): *¿Qué son los estudios de mujeres?* Buenos Aires, FCE.
 TOMASSINI, M. (2004): «Género y normatividad. Interacciones formadoras de normas en el ámbito de la escolarización inicial», en DALMASSO, M.T. y BORJA, A. (Comps.) (2004): *Discurso social y construcción de identidades: mujer y género*. Córdoba, CEA, UNC.

Reflexiones desde el botón

